

# NOTAS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE TIEMPO, HISTORIA Y MEMORIA COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO

**Margarita Olvera**

*Mi memoria depende de mi experiencia y nada más*

**Reinhart Koselleck**

Todos somos exiliados del pasado

**Oliver Sacks**

## **Resumen**

Este artículo reflexiona acerca de las relaciones entre tiempo, historia y memoria. Tomando como horizonte tácito los debates recientes que ha habido sobre esta materia en los últimos años, la autora trata de penetrar en una de sus dimensiones teóricas, sugiriendo algunas ideas centradas en el lenguaje de la memoria como una importante fuente para la reconstrucción histórica. En este contexto, la memoria es considerada una construcción de primer grado, mientras que la historia es una construcción de segundo grado. Ambas están cruzadas por la experiencia humana del tiempo.

**Palabras clave:** Tiempo, memoria, reconstrucción histórica.

## **Abstract**

This article thinks about time, history and memory relations. Taking as an unspoken horizon in recent debates on this subject in the last few years, the author wishes to seep through one of its theoretic dimensions, suggesting some central ideas about memory language as an important source for historic reconstruction. In this context, memory is considered as a first grade construction, while history is a second grade construction. Both are crossed by time human experience.

**Key words:** Time, memory, historic reconstruction.

## El punto de partida. De la escritura de la historia de la sociología a la reflexión sobre el tiempo y la memoria

Considerando que la discusión sobre el tiempo y la memoria en potencia abarca prácticamente todo campo que trate del pasado, me parece importante hacer unos breves comentarios acerca de la ruta que me condujo a la reflexión sobre estos temas, con el fin de establecer los límites de mi propia perspectiva. El punto de partida es el estudio de la historia de la sociología en México, de especial forma, el periodo de lo que podríamos llamar “precursores” y los tiempos de la creación de las primeras instituciones sociológicas con las que contó nuestro país.<sup>1</sup> Los cortes temporales que abarcaban estos periodos requerían de herramientas de análisis que me acercaron a la teoría de la historia y la historiografía, partiendo del patrimonio teórico de la sociología, en especial de las perspectivas hermenéutico-interpretativas de nuestra disciplina.

Hablando de memoria, recuerdo que fue el trato práctico con lo que los historiadores llaman fuentes y que prefiero nombrar “base empírica”, el que me fue mostrando de manera gradual, que existían dimensiones temporales en los documentos, en los textos, en la acumulación de lecturas y escrituras yuxtapuestas (con frecuencia contradictorias) sobre ciertos temas o autores, así como en la elaboración de periodos que requerían un procesamiento conceptual específico que iba más allá de los límites de nuestra disciplina. El intento de escribir una historia del tramo que me interesaba (1939-1965) necesariamente me hizo reparar en la diferencia temporal que separa al observador de lo observado y en algunas de sus consecuencias metodológicas. De hecho, hasta ese momento no había problematizado cuestiones que, historiográficamente, son elementales. Por ejemplo, la periodización –que a los sociológicos frecuentemente nos parece un dato– es un artificio complejo, resultado de un gesto intelectual que separa, que delimita, que pone aparte algo, desde las coordenadas un observador *situado* en tiempos, tradiciones, preguntas e instituciones específicas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Este trabajo, en sus inicios, tuvo como referencias centrales los estudios pioneros de Moisés González Navarro, Sara Sefchovich, Aurora Loyo, Alfredo Andrade, Gina Zabludovsky, Lidia Girola, Rafael Farfán y José Hernández, así como el estudio de Laura Moya sobre el liberalismo de Jesús Reyes Heróles.

<sup>2</sup> Sobre este tema puede verse: De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México, 1985.

Así, aspectos como las tradiciones intelectuales, las prácticas disciplinarias, las huellas materiales que los precursores locales de nuestra ciencia habían dejado en los archivos, las bibliotecas, las instituciones, el entrecruce de distintas generaciones, cada una con sus propios pasados, presentes y proyectos de futuro, las omisiones, las ausencias, los olvidos, fueron dando visibilidad al tiempo como un problema metodológico de cualquier intento de reelaboración de la historia de la sociología en nuestro país.

Otro aspecto de la indagación del pasado disciplinar que suponía, no sólo al tiempo, sino a su aceleración (en el que me fue posible reparar gracias al beneficio de la mirada retroactiva), fue el estudio de las expectativas de futuro que animaron los esfuerzos intelectuales de los fundadores de la sociología en México: precursores como Lucio Mendieta y Núñez, Roberto Agramonte, Roberto de la Cerda, Francisco Rojas, entre muchos otros, pensaron que el desarrollo industrial y técnico que los países europeos y EU habían logrado en el pasado y mantenían en el presente, debía alcanzarse en el futuro por los países menos avanzados. En otras palabras, lo que para unos era expectativa, para otros era experiencia pasada y presente.<sup>3</sup> Se pensó que las demandas sociales insatisfechas acumuladas a lo largo del tiempo, tenían que solucionarse de manera acelerada. Las ciencias sociales en México, como es sabido, fueron animadas por este propósito práctico desde sus etapas fundacionales hasta los años de las sociologías del desarrollo.

En este escenario, el problema de la temporalidad volvió a emerger, ya no tanto relacionado con las fuentes documentales o las selecciones y recortes propios de la investigación, sino asociado a un asunto que, probablemente, sea más complejo aún: la memoria biográfica que carecía de registro escriturario. En determinado momento, mi trabajo requirió de la asociación de las fuentes documentales con los testimonios de actores relevantes del periodo que me ocupó, a fin de contar con un conocimiento mínimo de las intencionalidades, las significaciones y los proyectos subjetivos que atravesaron la construcción de instituciones sociológicas en México. Así, tuve oportunidad de conversar con algunos pioneros de la

<sup>3</sup> En el pensamiento historiográfico, el problema de la tensión entre experiencia y expectativa ha sido desarrollado en: Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993. Puede verse también una influyente reflexión al respecto en: Ricoeur, Paul, *Teoría de la interpretación*, Ed. Siglo XXI, 1995.

sociología profesional en México, algunos de ellos egresados de las primeras generaciones de la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (1951), como Evangelina Lajous, Regina Jiménez, Raúl Benítez Zenteno, así como con Jorge Moreno Collado, abogado y cercanísimo colaborador durante varios lustros, de Lucio Mendieta y Núñez (fundador de la ENCPyS).

Fue en estas entrevistas que me pude dar cuenta de la gran importancia que tenía la distancia en el tiempo en la elaboración de la memoria, de la experiencia de un pasado biográfico. Ya no se trataba de preguntarse por qué un libro había sido leído por última vez, según el sello de la biblioteca, 20 o 25 años antes, o por qué había que separar con una navaja las páginas de un buen número de libros que parecían nunca haber tenido un lector. El problema era cuestionarse por el estatus de la memoria biográfica como “fuente” de una historia reconstructiva y su valor frente a las llamadas fuentes primarias de la historia; en otras palabras, preguntar qué se recuerda, para qué se recuerda y desde dónde. El entrevistado decía entre líneas, al menos dos cosas: yo estuve ahí y esto que te cuento es lo que *verdaderamente* viví. Algo que pude identificar en la comparación de los tipos de articulación lingüística en estos relatos del pasado que me contaron, es que la memoria biográfica mejoraba el pasado, adjudicándole un sentido que, por lo que yo podía ver en las fuentes documentales, no estaba ahí en el momento de lo ocurrido, sino que se le imputaba en el momento de la rememoración. También pude reparar que, en la comunidad de historiadores, existía una gran reserva frente a las memoria oral y personal como posible fuente de la historia *escrita*, cuya explicación se encontraba en los propios orígenes de la historia como disciplina especializada. Lo que haré en las siguientes páginas es plantear por qué razones disciplinarias fue excluida la memoria biográfica como un recurso para el conocimiento del pasado, en qué horizonte fue posible recolocar las relaciones entre memoria e historia y argumentar que entre ellas no existe una relación de oposición necesaria, sino que se requieren mutuamente para generar un saber del pasado —entendido como construcción de segundo grado— que trate de integrar, tanto un conocimiento de las instituciones y estructuras, como de las significaciones y representaciones subjetivas, propias del mundo de la vida. Mis preguntas de partida fueron: ¿por qué la memoria biográfica, de evidente relevancia sociológica, era desestimada por la historia? ¿cómo podía argumentarse su procesamiento metodológico como fuente del conocimiento del pasado?

## La institucionalización de la historia y la exclusión de la subjetividad y la memoria biográfica

La primera de las disciplinas histórico-sociales que conquistó una existencia institucional propia, fue precisamente la historia. Desprendiéndose de la matriz de la filosofía, la historia surge en el siglo XIX como disciplina autónoma que aspiraba a satisfacer los criterios epistemológicos de las ciencias naturales, por lo cual se abocó a la producción de un conocimiento objetivo del pasado, con base en procedimientos libres de subjetividad. Esto significó, entre otras cosas, una lucha contra la ficción, la distorsión, la oralidad y la memoria personal, bajo el supuesto de que ésta operaba sin método y sin rigor, deformando así la *verdad* del pasado.

Desde luego, la práctica histórica era muy antigua; los relatos del pasado y, particularmente, las descripciones de la experiencia de los propios pueblos y del propio estado eran actividades comunes.<sup>4</sup> Lo que distinguió a esta nueva disciplina fue el propósito de buscar un saber histórico objetivo, distinto de los relatos imaginarios, literarios o míticos; distinto de los relatos elaborados para halagar a los lectores o servir a los fines de los gobernantes o de cualquier otro grupo; la distinguió también el esfuerzo por distanciarse de la filosofía especulativa. Fue en Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia donde se produjo esta institucionalización; la mayor parte de los estudiosos y la mayor parte de las universidades estaban en estos países. De hecho, la mayoría de las obras históricas del siglo XIX que todavía se leen, fueron escritas en alguno de estos cinco países.<sup>5</sup>

La disciplina histórica, fincada en una representación *moderna* del tiempo, se planteó, ya no en el plural de las historias particulares, sino como un concepto general en el que ellas adquirirían un sentido unitario. Es pertinente recordar que, hasta el siglo XVIII, no existía el concepto moderno de historia como el complejo temporal que inte-

<sup>4</sup> Desde luego, la historia escrita tiene miles de años de existencia. Esto se refiere más bien al momento en el que la historia (junto con la ciencia política, la sociología, la antropología y la geografía) fue definida como disciplina institucionalizada con un objeto, un método, un lugar social y una identidad propios alrededor de los cuales se formaron comunidades de historiadores que cultivaron ese saber. Noiriel, Gerard, *Sobre la crisis de la historia*, Frónesis-Cátedra, Valencia, 1997, pp. 59 y ss.

<sup>5</sup> Wallerstein, I., *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 1996, pp. 17.

gra pasado, presente y futuro, sino historias singulares, narraciones, historiografías en las que no existía nuestro concepto de Historia como singular colectivo.<sup>6</sup> Entendida así, la historia, montada sobre las realizaciones de la ciencia y de la técnica parecía abrir, a los ojos de la época, un campo de posibilidades ilimitado a la acción humana racional y ajeno ya a la historia mítica. No era otra cosa lo que estaba en juego en la gran fe que en el siglo XIX se depositó en las nacientes ciencias histórico-sociales; el razonamiento que sustentaba tales expectativas parecía lógico: si la aplicación de la inducción y el análisis (los procedimientos universales de la razón, según la idea ilustrada que hereda ese siglo) al estudio de la legalidad empírica de la naturaleza había producido progreso material, su aplicación al estudio de la historia y la sociedad habría de producir necesariamente progreso moral.

Si bien el pensamiento ilustrado y la Revolución Francesa habían contribuido a sentar las principales bases epistemológicas y prácticas de lo que sería la naciente ciencia histórica, hacia finales del siglo XVIII ella carecía aún de autonomía frente a otras disciplinas. En las universidades se hallaba en una relación de subordinación con las facultades de filosofía, de derecho y teología, en las cuales era utilizada como una “reserva de ejemplos”. Para terminar con esta dependencia y lograr un espacio y una identidad propias, los historiadores se vieron en la necesidad de demostrar que eran capaces de producir un tipo de saber que la filosofía no podía ofrecer a la sociedad.<sup>7</sup> Ese conocimiento tenía que ser necesariamente fruto de la *investigación empírica* y consistió en el estudio de los hechos ocurridos, previa exclusión de las especulaciones metafísicas sobre el sentido de la historia que habían sido un terreno de fundamental importancia para autores tan decisivos como Kant y Hegel. Sobre estas bases, los historiadores harían grandes esfuerzos por distinguirse de otros estudiosos de la realidad humana y conquistarían una identidad propia.

Fueron los representantes de la llamada Escuela Histórica alemana los que resignificando el trabajo de sus predecesores lograron establecer, contra la filosofía hegeliana de la historia, la

<sup>6</sup> Sobre este tema puede verse, además de la obra de Koselleck anteriormente referida: Zermeño Padilla, Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, El Colegio de México, México, 2002.

<sup>7</sup> Nöiriél, *op. cit.*, p. 55.

pertinencia de la investigación histórica empírica. La tarea del historiador consistiría en describir lo que había ocurrido, lo cual implicaba una investigación rigurosa, imparcial y crítica del pasado y la síntesis del campo explorado; el historiador sólo podría acceder al conocimiento verdadero completando y relacionando las piezas y los fragmentos que le ofrecía la observación inmediata. Sobre estas ideas se erigiría la concepción de la historia del pionero más importante de esta corriente historiográfica, Guillermo Von Humboldt, así como del primer gran codificador del oficio del historiador: Leopold Von Ranke.

Este autor resignificó la herencia ilustrada, rechazando su racionalismo abstracto, en favor de un estudio objetivo de las singularidades con base en fuentes y documentos estrictamente contemporáneos a los hechos narrados,<sup>8</sup> con lo cual el archivo se convirtió en el lugar privilegiado de las prácticas de los historiadores. Se entendió que la verdad histórica no podía derivarse de supuestos especulativos sobre la realidad, la naturaleza del mundo histórico y sus procesos, sino de operaciones intelectuales claramente definidas como la reunión de fuentes, su selección y crítica, el análisis de sus contenidos y la explicación. Cada una de estas tareas implicaba necesariamente una relación de exterioridad del investigador frente a los eventos observados, como sostendría también el positivismo sociológico. Se postuló que era necesario excluir los prejuicios para poder llegar a un conocimiento histórico verdadero, lo cual significaba nada menos que la convicción de que era posible conocer la experiencia pasada tal y como había sucedido, que era posible conocer el pasado-pasado de las comunidades humanas.

Bajo estas premisas el quehacer del historiador habría de estar caracterizado por la objetividad, la cual implicaba un compromiso con la realidad de un pasado concluido, así como con la verdad que se supone le correspondía; por una radical separación entre el observador y lo observado; por la idea de que los hechos históricos eran previos a cualquier interpretación e independientes de ella; por la convicción de que existía una irreconciliable diferencia entre historia y ficción; por una idea no problemática del tiempo en la cual éste era algo objetivo y físico que transcurría linealmente. El corolario obligado era que la verdad histórica exigía la eliminación de la perspectiva y la subjetividad del investigador, con lo cual quedaba

<sup>8</sup> Corcuera, Sonia, *Voces y silencios de la historia*, FCE, México, 1997, pp.131.

cancelada la posibilidad de que la historia acudiera a los procedimientos interpretativos, tratando de excluir así la subjetividad del investigador del pasado. Pero no se trataba sólo de esto, también se pensó necesario excluir la memoria personal que los actores, testigos o sobrevivientes guardaban del pasado y ello, al menos, por tres razones: 1) el pasado reciente al cual se refería la memoria biográfica, no era realmente un pasado histórico, puesto que carecía de la densidad que sólo el paso del tiempo podía dar al pasado y transformarlo en *historia*; 2) la memoria individual partía de un contexto subjetivo de significado que comprometía la objetividad del conocimiento que se trataba de producir. La memoria biográfica, en consecuencia, no era significativa como fuente de conocimiento; 3) la historia rankeana postuló los documentos y los archivos como las fuentes *primarias* del saber histórico, como las pruebas de las que dependería su objetividad.<sup>9</sup> La memoria oral subjetiva carecía de registro escritural<sup>10</sup> y no era posible establecer objetivamente si era inventada, verdadera, auténtica o falsa.

Así, hacia el último tercio del siglo XIX surgieron las primeras comunidades profesionales de historiadores, beneficiarias del creciente e intenso apoyo que los gobiernos de los países desarrollados dieron a la investigación científica, así como del interés que otorgaron a la elaboración, institucionalización y difusión de la memoria y el recuerdo colectivos como base fundamental de las identidades nacionales. Fruto de este proceso fue la figura del historiador especializado, el historiador de oficio que ejercería docencia e investigación y transmitiría el conocimiento histórico a las nuevas generaciones. El éxito que tuvo esta manera de entender la historia como disciplina puede verse, como consigna Peter Novick en su célebre libro sobre la historia profesional norteamericana, en el hecho de que hacia principios del siglo XX, miles de estudiantes de historia viajaron a Gotinga, Heidelberg, Leipzig, Friburgo, Berlín y otros centros universitarios alemanes de orientación rankeana en

<sup>9</sup> El problema principal aquí era cómo conocer acontecimientos que, como tales, eran *pasado*. La respuesta fue que esto sólo era posible de manera indirecta, a partir de los restos materiales que las acciones de los hombres que nos precedieron en el tiempo habían dejado y que alcanzaban la realidad del presente. Estas marcas materiales eran el principal insumo para conocer y transformar el pasado en *historia*.

<sup>10</sup> Una consideración crítica del énfasis de la historia como disciplina moderna en la escritura se encuentra en: Zermeño Padilla, *op. cit.*

busca de una formación profesional avanzada.<sup>11</sup> Puede decirse, como conclusión parcial de este breve esbozo, que la historiografía positivista y la hegemonía que logró, fueron parte de una etapa del desarrollo de la disciplina histórica en el que ésta se esforzó por alcanzar un lugar social propio y una identidad que la distinguiera claramente de otros campos cognitivos. A nivel extradisciplinar, el modelo rankeano era compatible con el imperativo práctico de consolidar las identidades nacionales como imaginarios colectivos que arraigaban en un pasado común. Precisamente el que los historiadores se encargaron de investigar, narrar y transmitir.

Estas reglas implicaron una representación de la ciencia y de la historia que mantuvo una relación de conflicto con maneras alternas de entenderlas, como fue el caso de la historiografía alemana de matriz idealista que defendió la imposibilidad de utilizar los procedimientos naturalistas en la historia (Dilthey, Weber, Rickert); dichas reglas fueron cuestionadas, asimismo, por las siguientes generaciones de historiadores que vieron en sus predecesores una serie de limitaciones que trataron de resolver con la apertura al resto de las disciplinas histórico-sociales. Esta apertura supuso la *hibridización* del patrimonio historiográfico en cuyas razones internas y externas no es posible entrar aquí, pero que benefició la discusión teórica y metodológica en la historia con las aportaciones de las ciencias sociales (como fue el caso, por ejemplo, de la Escuela de los Annales) y, posteriormente, a perspectivas relegadas u olvidadas (como la hermenéutica fenomenológica), lo cual abonó el camino para el llamado *giro lingüístico* que ha modificado el mapa teórico de la historia en las últimas décadas, diversificando su espectro analítico.<sup>12</sup> En este contexto, la memoria biográfica ha sido resignificada como una fuente histórica relevante que es necesario problematizar en forma metodológica. En un primer momento, la memoria testimonial fue valorada en exceso; de manera reciente, ha sido posible procesarla con mayor equilibrio, a modo de evitar su negación como fuente, por una parte, así como su aceptación *a priori* como “verdadera”,<sup>13</sup> por otra.

<sup>11</sup> Cfr. Novick, Peter, *Ese noble sueño*, Instituto José María Luis Mora, México, 1997.

<sup>12</sup> Para una mirada panorámica analítica de este desplazamiento véase: Noiriél, *op. cit.*

<sup>13</sup> Sobre este tema puede verse: Sarló, Beatriz, *Tiempo pasado*, Siglo XXI, México, 2007.

## La historia como conocimiento disciplinar y la memoria como experiencia vital. Un acercamiento interpretativo y transdisciplinar

Uno de los aspectos más interesantes y complejos de las relaciones entre la memoria<sup>14</sup> y la historia como disciplina que aspira a un conocimiento válido y significativo del pasado —y que carecía de visibilidad en la época rankeana— es el contraste entre lo que significa la memoria para el actor que vivió o atestiguó los eventos que son el objeto de los actos de rememoración, por una parte, y, por otra, el sentido que tiene para el observador que la toma como *uno* de los elementos que ha de considerar para lograr una reconstrucción del pasado que debe ir más allá del horizonte temporal propio del flujo vital de los individuos, sin dejar de reconocer la experiencia humana implicada en él. Es claro que estas relaciones son en extremo complejas y desbordan cualquier límite disciplinar, sea éste teórico, metodológico o empírico, hasta alcanzar campos que rozan cuestiones éticas, morales y ontológicas. Esta cuestión gana complejidad, por otra parte, si los acontecimientos hacia los cuales se dirige la memoria, o alrededor de los que irrumpe involuntariamente, son eventos extremos que han fracturado el tejido social en un pasado relativamente reciente que, por lo mismo, no ha establecido de manera plena su identidad como pasado cerrado y concluido pero que, sin embargo, demanda ser rescatado, recolocado y reinterpretado, a la luz de las exigencias prácticas del presente en que siguen operando sus *efectos secundarios no intencionales*. En este punto, la memoria suele ser comprendida como una trama de reparación que se proyecta al presente y condiciona el futuro. Jorge Semprún en *La escritura o la vida* señala con toda razón que cada persona y cada comunidad tiene derecho a su recuerdo (o a su olvido), sin el cual no es posible seguir adelante.

Vivimos en comunidades de interpretación que compartimos historias y que rememoran y recuerdan el pasado o los pasados diferencialmente. El pasado es en potencia conflictivo para los

<sup>14</sup> Tomo aquí el recuerdo como una elaboración personal, como lo muestra el hecho de que las experiencias vividas en común (incluso las que han sido traumáticas) son específicas e intercambiables. Sin el recuerdo individual, no podría existir una memoria común. En este sentido, pienso que puede sostenerse que no hay una incompatibilidad intrínseca entre memoria e historia, sino dependencias mutuas entre ellas.

contemporáneos. Los contextos subjetivos de significado asociados a cada rememoración, condicionan reconstrucciones diversas del mismo, por lo cual existen distintos pasados presentes que reclaman ser reconocidos como *la verdad histórica*. Estos reclamos por el reconocimiento tienen lugar, no sólo entre actores o entre comunidades de interpretación profesionales; también ocurren en el ámbito del mundo interno de cada actor. Esto puede verse, por ejemplo, en los casos donde los sujetos tienen interpretaciones diferenciales de sí, de los demás y de los eventos “externos”, en distintos tiempos de sus vidas.<sup>15</sup> En el mundo de la vida el recuerdo tiende un puente que abre el pasado al futuro, buscando la reconciliación, la reintegración y cierta reparación de las discontinuidades vitales (separaciones, pérdidas, sucesos traumáticos, situaciones conflictivas, crecimientos, desarrollos, regresos, etc.) a través de una narrativa imaginada como coherente. Estas narrativas van cambiando a lo largo de una biografía y están en conflicto continuo; a pesar de ello, fenomenológicamente puede identificarse una tendencia: en el mundo ordinario la representación del pasado que se crea en cada presente reclama un estatus de verdad sobre las representaciones anteriores y está orientada a posibilitar al actor “seguir adelante”,<sup>16</sup> cualquier cosa que esto signifique.

En el mundo de la observación, desde luego, ocurren procesos de reconstrucción que tienen ciertas semejanzas con la lógica de los actores en sus mundos de vida. Las reelaboraciones de la historia, los nuevos pasados que surgen continuamente, pretenden tener prioridad cognitiva sobre los anteriores o, al menos, ser consideradas interpretaciones válidas junto a otras. Sin embargo, las pretensiones de validez de las comunidades intelectuales dentro de las que se reconstruye el pasado se ven en la necesidad de argumentarlas

<sup>15</sup> En este sentido, resultan de especial interés las implicaciones judiciales que ha tenido la atribución de inmunidad de la memoria frente al cotejo o la crítica, como refiere Daniel Schachter respecto de los casos (en el mundo anglosajón) de algunas memorias de abusos recuperadas en situaciones terapéuticas y tomadas sinceramente como verdaderas por individuos y que, más tarde, se han revelado como dudosas, inducidas o, directamente, inventadas o fantaseadas. Véase: Schachter, Daniel, *En busca de la memoria. El cerebro, la mente y el pasado*, Ed. Grupo Zeta, Santiago de Chile, 1999.

<sup>16</sup> Sobre este tema véase: Schutz, Alfred, *La fenomenología del mundo social*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

teórica, metódica y empíricamente, a diferencia de las rememoraciones del mundo ordinario que dan por sentada, *a priori*, su verdad.

En el caso de la memoria biográfica como problema metodológico de la escritura de la historia, la discusión se centra en la manera cómo involucra dimensiones temporales complejas de las que surge la interpretación diferencial de los mismos acontecimientos y algunos de los problemas teóricos que esto plantea a los observadores que pretenden producir *nuevos* pasados significativos y válidos que puedan alimentar proyectos de futuro coherentes, es decir, que puedan acercarse a una síntesis entre experiencia, interpretación y orientación.<sup>17</sup> La aclaración de estas cuestiones está en curso y ha significado la vinculación de diversos campos de conocimiento de nuestras disciplinas, lo cual ha refinado la mirada historiográfica sobre la memoria. Esta recolocación de la memoria, ha recuperado también el patrimonio teórico de la sociología, particularmente de la fenomenología, a partir de la cual es posible repensar las relaciones entre memoria, historia, observación y mundo vital.

## **Situación biográfica, antecesores, contemporáneos y sucesores**

Los actos de rememoración de eventos pasados ocurren siempre en el presente y en él, el rememorante está ubicado en determinados horizontes a los cuales les son intrínsecos contextos específicos de sentido, de origen tanto cultural y social, como biográfico. Esto significa que los criterios de selección que subyacen (intencionalmente o no) a la elaboración de la memoria, son relativos y fragmentarios, aunque el actor no se percate de ello y crea con sinceridad que lo que recuerda es, sin duda, lo que objetivamente ocurrió. La construcción de los recuerdos, su carácter provisional y fluido, así como el hecho de que están sujetos de manera constante a resignificaciones, puede entenderse adecuadamente a la luz de la tradición fenomenológica.

En la fenomenología de Alfred Schutz se plantea que, en cualquier momento de su vida ordinaria, el actor se encuentra en una *situación*

<sup>17</sup> Sobre esta expectativa disciplinar, véase: Pappé, Silvia (coord.), *La modernidad en el debate de la historiografía alemana*, UAM-A, México, 2004.

*biográficamente* determinada, es decir, tiene una historia que equivale a la sedimentación de sus experiencias anteriores organizadas como un “patrimonio de conocimiento a mano” que es su posición exclusiva. La importancia de la especificidad de la situación biográfica, tanto en el mundo de la vida cotidiana como en el mundo de la observación científica, es que establece un *horizonte*<sup>18</sup> desde el cual se establece una suerte de “sistema de significación” que organiza la manera como el actor conoce el pasado y elabora sus proyectos<sup>19</sup> de futuro.

Del planteamiento anterior la fenomenología desprende otro concepto de gran importancia: *acervo de conocimiento a mano*. Éste se refiere al hecho de que, en cualquier situación, el actor se halla en posesión de un conjunto de saberes prácticos y teóricos acerca del mundo físico, del mundo social, del mundo interno y del mundo cultural, que delimitan sus posibilidades de acción presente y futura en el mundo de la vida. Los acervos de conocimiento funcionan como marcos de significación que ofrecen a los individuos medios de orientación en la vida ordinaria; equivalen en forma metafórica a “mapas” que establecen coordenadas que posibilitan que los actores comprendan, interpreten y signifiquen la realidad de manera lo suficientemente adecuada para *seguir adelante*. Según la fenomenología, estos marcos son válidos “hasta nuevo aviso”, es decir, se dan por sentados en la actitud natural y sólo son revisados desde la actitud reflexiva cuando surge un problema, es decir, una fisura en el curso de la acción o el pensamiento que le indica al individuo que el mapa que lo había orientado hasta entonces, ya no puede cumplir esa función porque *algo ha ocurrido de un modo distinto a lo previsto*. Es frecuente en el mundo histórico que esos efectos además de imprevistos, sean indeseados.

Los acervos de conocimiento se estructuran a lo largo de la existencia *temporal* del sujeto y proceden de su trato con el mundo y con los otros, así como de su relación práctica y simbólica con los *antecesores, los contemporáneos e, incluso, los sucesores*. Los

<sup>18</sup> La noción fenomenológica de horizonte, es semejante a la sostenida en la hermenéutica gadameriana. Cfr. Gadamer, Hans G. *Verdad y método*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1987.

<sup>19</sup> Para Schutz la noción de proyecto se refiere a “una conducta orientada hacia el futuro” que incluye tanto un conocimiento del pasado (desde el presente como tiempo reservado a la iniciativa y a la acción) como expectativas sobre el porvenir. Cfr. Schutz, Alfred, *La fenomenología del mundo social*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972, especialmente el capítulo 1.

contemporáneos son aquellos con los que el actor comparte una comunidad espacio/tiempo, por lo que sus *duraciones vitales* coexisten y son simultáneas. Para la historia, tal vez el concepto más importante de los que aquí he tratado de referir, es el de predecesores. Yuxtapuesta con el mundo de los contemporáneos, se encuentra una realidad pasada que –en la “actitud natural” propia del mundo de la vida<sup>20</sup>– se comprende como algo cerrado y concluido, pero que sigue generando consecuencias en el mundo de los contemporáneos.<sup>21</sup> Es éste el mundo social de los predecesores o historia, una realidad que existió antes que el contemporáneo y que ha transcurrido y terminado, lo cual significa que no tiene abierto ningún horizonte hacia el futuro. A pesar de ello, los predecesores orientan y condicionan a los actores en el presente a través de las consecuencias y las huellas que sus acciones han dejado en el mundo, intencionadamente o no.

Las acciones de los predecesores están abiertas a la interpretación de los contemporáneos que, a través de los registros, los documentos, los recuerdos, los relatos orales, los monumentos, etc., resignifican constantemente sus acciones, a la luz de las exigencias prácticas de las situaciones del presente. Gracias a las marcas, a las huellas, a los rastros materiales que la acción de los que nos han precedido en el tiempo han dejado, sus actos pueden identificarse como *experiencia humana significativa*, por lo que sus acciones, como señalé antes, puede ser interpretadas, así sea vaga y provisoria mente.<sup>22</sup> El planteamiento fenomenológico deja en claro

<sup>20</sup> La “actitud natural” es un término que Schutz debe a Edmund Husserl. El término forma parte de la distinción entre actitud natural y actitud reflexiva. La primera, es la que opera en el mundo ordinario y consiste en poner “en suspenso” toda duda acerca de que lo real pueda ser algo distinto de lo que parece ser; la actitud reflexiva, en cambio “suspende” toda certeza acerca del mundo y es la actitud propia del observador que trata de describir “las cosas mismas”. Cfr. Alfred Schutz, *El problema de la realidad social*, ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

<sup>21</sup> Existe aquí una clara compatibilidad con el planteamiento gadameriano acerca de la *historia efectual*, así como con la interpretación que hace Michel de Certeau acerca de las relaciones entre la historia y la concepción psicoanalítica, especialmente, los planteamientos de Freud sobre la continuidad presente/pasado en la vida psíquica. Ver: De Certeau, *Historia y Psicoanálisis*, Universidad Iberoamericana, México, 2003. De particular interés, en este contexto, resulta la discusión acerca del duelo patológico como resultado de un “exceso de rememoración” y de un déficit de olvido.

<sup>22</sup> El mundo de los sucesores, en cambio, es en esencia, abierto, indeterminado e inexistente empíricamente.

que el mundo histórico escapa a las dimensiones del tiempo “físico” y se ubica en una red compleja que reúne a contemporáneos, predecesores y sucesores en un universo simbólico caracterizado por la *sucesión de las generaciones*. Esto supone que la relación entre las personas en el mundo de la vida está estructurada temporalmente desde sus orígenes: se orientan hacia el pasado rememorado, hacia el presente vivenciado y hacia el futuro anticipado de la conducta del otro o de los otros. En esta elaboración, la finitud humana es sobrepasada: no hay papeles sociales carentes de sucesión, puesto que siempre son atribuidos a nuevos actores, los cuales se convierten en reintérpretes de la tradición. Con ello, la sucesión intergeneracional proporciona un terreno simbólico común, un espacio intersubjetivo de experiencia con probabilidades de establecer una interacción estable en la que los actores están, no en posesión de innovadores absolutos, sino en calidad de herederos. Podemos hablar así de una intersubjetividad en el tiempo que se refiere a la conexión entre los hombres del pasado y los del presente y los que existirán hipotéticamente en el futuro. Pero esta cadena intergeneracional depende de procesos de aprendizaje histórico-social en los que *el recuerdo de la experiencia anterior tiene un lugar central*. La ciencia de la historia, desde el punto de vista fenomenológico, tiene la trascendental tarea de establecer qué sucesos, acciones y actos comunicativos han de seleccionarse para la interpretación y reconstrucción de la historia y la elaboración de los acervos de conocimiento, puesto que no todo se vuelve histórico automáticamente por el solo hecho de tener un pasado.

El observador debe seleccionar experiencias pasadas en las que pueda verse un carácter histórico específico: establecer una diferencia entre pasado y presente. A la historia le compete la observación retrospectiva de la corriente de los sucesos históricos y su ubicación en contextos objetivos de significado que abarquen horizontes temporales más amplios que los biográficos, por lo que debe tener claras sus relaciones con la memoria entendida como rememoración subjetiva relativa a determinadas coordenadas espacio/tiempo cuyo énfasis está puesto en el sentido y no en la facticidad.

Una conclusión parcial que es posible extraer de lo anterior y que resulta especialmente significativa para los observadores científicos, es que la interpretación y la comprensión constituyen una *condición ontológica* del mundo de la experiencia ordinaria. Esto quiere decir que el mundo que consideran como objeto los observadores de las disciplinas históricas, es un mundo

precomprendido de antemano por quienes viven o han vivido en él, por lo que sus reconstrucciones son siempre elaboraciones de “segundo grado” que se levantan sobre las construcciones de “primer grado” de los actores, las cuales incluyen como uno de sus elementos centrales actos continuos de rememoración de la experiencia pasada (biográfica o histórica) de cuya verdad no se duda. En estos términos, puede plantearse que existen relaciones sumamente estrechas entre la experiencia primaria de los actores en sus respectivos mundos vitales (pasados o presentes) y el mundo de la observación, más que una relación de oposición necesaria.

### **La memoria como construcción de primer grado**

Del planteamiento anterior pueden extraerse elementos para dar lugar a una reflexión sobre los vínculos entre historia y memoria que tendrán gran utilidad metodológica para la escritura de la historia, no sólo la de nuestra disciplina, sino cualquier historia. Quisiera ejemplificar esto con rememoraciones polémicas, por definición. Los actos de rememoración de los testigos o los sobrevivientes de sucesos extremos y traumáticos se pueden entender como interpretaciones hechas desde la actitud natural, es decir, como construcciones de primer grado cuyo contenido se entiende como algo de lo que no es posible ni aceptable dudar. De ahí su relación de conflicto potencial con el conocimiento del pasado al que aspira la historia como disciplina, puesto que sus reconstrucciones son elaboraciones de “segundo grado” que han sido efectuadas desde la actitud reflexiva que, como señalamos al principio, se caracteriza por suspender el juicio, por poner entre paréntesis toda certeza acerca de “la cosa misma” y por someter a crítica sus fuentes.

El conflicto es mayor cuando estamos frente a *memorias adoloridas* que han sido ignoradas, ocultadas, suprimidas o distorsionadas en un pasado reciente.<sup>23</sup> En estos casos, el imperativo moral que subyace al recuerdo cobra mayor fuerza y tiene un excedente de significación del que carecen las memorias que se refieren a experiencias rutinarias. Los individuos que lograron sobrevivir roturas severas del tejido social, frecuentemente encuentran que la memoria es una responsabilidad de primer orden,

<sup>23</sup> Sobre estos debates y sus implicaciones teóricas, éticas y políticas, véase el excelente trabajo de Sarló, *op. cit.*

sobre todo a la luz de nuevos tiempos en los que pareciera que el pasado traumático ha concluido como tal, no así en sus efectos y consecuencias en el presente. Así, suele convocarse el deber de recordar asociado al deber de conocer, a fin de incrementar las probabilidades de que el pasado no sea repetido por las nuevas generaciones, a las que les corresponde el deber de aprender de la experiencia de los antiguos combatientes, resistentes, sobrevivientes, víctimas, deportados, etc.

La asunción del deber de recordar por parte de la víctima, en ocasiones ocurre tras un periodo más o menos largo de silencio y olvido de su parte. Por ejemplo, una gran cantidad de sobrevivientes del Holocausto que durante muchos años suprimieron el recuerdo, o al menos, no lo transmitieron lingüísticamente, refieren en su vejez que optaron por el enmudecimiento por diverso tipo de razones: había que seguir viviendo, nadie quería escuchar, pocos creían que la capacidad humana para el mal pudiera alcanzar tales extremos y hubieron de cancelar o acortar el duelo<sup>24</sup> para poder seguir viviendo. Los sobrevivientes adultos<sup>25</sup> durante mucho tiempo intentaron olvidar lo sucedido, para poder seguir viviendo, para reinsertarse nuevamente en el tejido de la vida. Pero, tal y como sostiene Beatriz Sarló, el recuerdo no es una función de la voluntad e irrumpe súbitamente ante indicios de diverso tipo, como una imagen, un olor, una asociación, una ensoñación e, incluso, aparentemente de la nada.

El reclamo epistemológico que suele estar vinculado a la memoria en primera persona, adquiere mayor fuerza cuando, frente a la inhumanidad e indecibilidad de la experiencia pasada, la víctima toma como punto de apoyo precisamente tal memoria. Por ejemplo, se dice con frecuencia que con el Holocausto, “no se juega”, ni con

<sup>24</sup> Jorge Semprún sostiene que el deber del sobreviviente es olvidar, porque de otro modo no podría vivir y que la responsabilidad de la siguiente generación, es recordar, para tratar de evitar la repetición. La urgencia del deber de recordar se densifica cuando los sobrevivientes están desapareciendo físicamente, como es el caso de las víctimas del Holocausto ocurrido hace ya sesenta años. Ver: Mateos, Abdón, “Historia, memoria, tiempo presente”, en *Hispania Nova*, núm. 1, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1998-2000.

<sup>25</sup> Otro caso es el de los sobrevivientes que eran niños en aquellos años. Durante mucho tiempo, no se consideró válido su recuerdo al que se creyó distorsionado. Recientemente, dado que sólo sobreviven hoy los que entonces eran infantes, la historiografía del Holocausto ha debido replantear el valor de su recuerdo como fuente.

las palabras, ni con las formas y que se debe contar lo que sucedió con la mayor precisión posible, por lo que está estrictamente prohibido introducir cualquier elemento creativo ajeno al recuerdo.<sup>26</sup> Esta misma exigencia muestran, por ejemplo, los testigos y víctimas de las atrocidades, por ejemplo, en la historia reciente de nuestra región. El problema aquí para la historia, es que en la actitud natural justamente la memoria es un continuo acto de creación y de interpretación que depende de los distintos horizontes temporales desde los cuales se elabora. El recuerdo de un suceso, pongamos por caso, de la infancia temprana, dependerá de si el acto de rememoración ocurre a los 20, 30, 50 o 60 años. Incluso en plazos cortos, cada vez que volvemos sobre una experiencia anterior, el recuerdo es distinto.<sup>27</sup> Así, la memoria personal sobre los mismos acontecimientos cambia con el tiempo porque el desplazamiento de los horizontes, es una condición ontológica del mundo vital. Esto no quiere decir que los recuerdos sean falsos, sólo que tienen una movilidad de la que los actores no son conscientes; no tienen que serlo, porque en el mundo vital todo se trata, en último caso, de poder seguir viviendo nuestras vidas. El observador también se encuentra inserto en estos condicionamientos; la diferencia es que tiene conciencia metódica de ello y procura procesarlos racionalmente. De esta conciencia se desprende, también, el reconocimiento de que el saber que produce es fragmentario, relativo y provisional, *pero válido*, de lo que se desprenden consecuencias disciplinarias.

## La historia como construcción de segundo grado

La rememoración personal reclama inmunidad frente a la crítica, puesto que pareciera que ella atenta contra la confianza y la dignidad del que da testimonio. Pretensión que resulta comprensible si

<sup>26</sup> Sobre este polémico tema, véase: Barret-Ducrocq, F. (coord.), *¿Por qué recordar?*, Ed. Granica, Buenos Aires, 1998.

<sup>27</sup> Sobre este tema pueden verse, además de la literatura histórica e historiográfica: Sacks, Oliver, *Un antropólogo en Marte*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2001; Schachter, Daniel, *En busca de la memoria. El cerebro, la mente y el pasado*, Grupo Zeta, eds. Santiago de Chile, 1999 y Ratey John, J., *El cerebro*, Ed. Mondadori, Barcelona, 2002, especialmente los capítulos dedicados a la memoria y al lenguaje.

entendemos que a ella subyace la suspensión de la duda propia de la actitud natural, como mencioné antes. Una de las primeras cuestiones, sobre las que debe reflexionar el observador del pasado, es la temporalidad compleja que subyace a sus "objetos". Como tales, son construcciones selectivas que parten de un punto de vista, de una situación, de un horizonte que incluye, conflictivamente, pasado, presente y futuro. Pero las acciones pasadas que se elaboran como objeto de conocimiento, a su vez, tienen/tuvieron sus propios horizontes y sus propios presentes, pasados y futuros. El observador tiene su propio presente, pasado y futuro como practicante de disciplinas que deben operar en la actitud reflexiva; pero también es un actor en el mundo de la vida y, en él, tiene *otros* presentes, pasados y futuros. Si sumamos los de los predecesores, cuyas experiencias trata de explicar/comprender, y agregamos sus diversos tiempos, el asunto se vuelve sumamente complejo. De ahí la importancia de discernir la especificidad hipotética de cada horizonte y sus *efectos* en las memorias asociadas a ellos. Es ésta una tarea de primer orden para cualquier reconstrucción histórica que aspire a un mínimo de inteligibilidad, pertinencia y capacidad de orientación. Para ello, la historia debe abordar con cuidado la memoria individual, a fin de recuperar la experiencia íntima, la dimensión subjetiva que el actor le confiere a la experiencia pasada. Pero también debe iluminar la memoria, ampliar su horizonte y hablar de lo que ella no dice, de lo que le falta, de lo que es imposible que tenga porque sólo puede venir de la *distancia en el tiempo*, la cual es opuesta a la inmediatez de la actitud natural. Pero, ¿cómo puede proceder frente a esto el observador?

Reinhart Koselleck, para otros propósitos, menciona en uno de sus trabajos una serie de dimensiones de diferenciación del recuerdo del actor que ofrece importantes criterios de orientación para el observador.<sup>28</sup> ¿Quién recuerda, qué recuerda, para qué y desde dónde? En primer término, llama la atención sobre la necesidad que el historiador tiene de distinguir el evento ocurrido, de sus consecuencias. Estas dos dimensiones están inevitablemente unidas en la experiencia de los afectados, en especial si se ha tratado de guerras, conflictos o sucesos inesperados para los cuales no existía ningún tipo de preparación y que, en consecuencia, suponen modificaciones súbitas y bruscas de la experiencia vital. Koselleck

<sup>28</sup> Ver: Koselleck Reinhart, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Ed. Paidós, Barcelona, 2001.

entra en una discusión de los factores sincrónicos y diacrónicos en la historia aquí, a los que no me referiré; sólo quiero mencionar brevemente sus principales señalamientos sobre la observación de las “vivencia” de los testigos, porque tienen una gran relevancia metodológica.

Su planteamiento es que los acontecimientos históricos son procesados a nivel de la conciencia individual desde sus *disposiciones previas*. No existe *una* conciencia histórica como tal, sino numerosos condicionamientos que influyen en ella y que filtran las vivencias individuales, limitando y posibilitando (simultáneamente) el recuerdo. Los principales elementos asociados a estos condicionamientos que el observador debe tomar en cuenta son: 1) La comunidad lingüística a la que pertenece el sujeto. La lengua que articula el recuerdo ordena las experiencias y las significa según su capacidad de expresión. 2) Las cosmovisiones y concepciones del mundo, es decir, los esquemas de interpretación heredados, las tradiciones que constituyen el fondo de conciencia común que regula la rememoración. 3) La adscripción a determinadas asociaciones políticas y los proyectos vinculados a ellas. 4) La generación a la que pertenece el individuo. No recuerdan igual niños, jóvenes o viejos, por lo que es necesario analizar de manera adecuada los criterios de sentido que hipotéticamente se vinculan a cada “edad” como espacio intersubjetivo. 5) Las redes familiares y el género. Hombres y mujeres experimentan los sucesos de forma distinta. Distinta también es la manera como se vive y se procesa un evento si se está inserto, o no, en una estructura familiar o grupal en general. 6) La adscripción a una clase social determinada. Vivir en la precariedad material, o en la abundancia o suficiencia, articula pertenencias y horizontes diversos que marcan la especificidad de las vivencias y el recuerdo.<sup>29</sup> Cómo es evidente aquí, la conciencia metódica que el observador debe mantener frente al recuerdo biográfico, no implica desconocer la relación entre individuo y grupo: los recursos de la memoria individual provienen del grupo, pero como tal, es única, singular e intransferible. La narración (sea oral o escrita) es una vía indirecta, y necesariamente fragmentaria, de transmisión de la experiencia subjetiva que subyace a la rememoración.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 137 y ss.

## Conclusión

He abordado este trabajo como un ejercicio de lectura y escritura. Es sabido que cada acto de lectura constituye un diálogo mediado por la textualidad, donde se relaciona la propuesta del texto, con las preguntas del lector. Dado que mi interés por la historiografía trata de articular la reflexión teórica, sin renunciar al conocimiento de la experiencia, decidí tras varios rodeos que no aparecen aquí, hacer énfasis en tres aspectos en esta reflexión sobre la memoria, el tiempo y la historia: el mundo de vida, el mundo de la observación y la temporalidad implicada en ellos. He tratado de establecer sus semejanzas y diferencias para argumentar que el conocimiento generado por la historia es un saber de segundo grado y que, como tal, tiene vínculos indudables con el mundo de la vida en el que los seres humanos tratan de seguir adelante con el auxilio de sus acervos de conocimiento, sus interpretaciones y los procesos de significación que les son propios y de los cuales obtienen identidad, pertenencia, sentido y orientación. El mundo histórico social es una realidad precomprendida y los observadores de ese mundo, desde mi punto de vista, deben procesar reflexivamente esa condición, reconocer los condicionamientos (y posibilidades) que imponen a su trabajo como reconstructores del pasado. Asimismo, deben tener conciencia metódica de su propia situación temporal como miembros de comunidades intelectuales que aspiran a producir conocimiento válido y significativo del pasado, pero también como *legos* miembros del mundo de la vida. Procesar racionalmente esa doble pertenencia es una tarea que no se puede emprender sin el auxilio de herramientas conceptuales que posibiliten, precisamente, una comprensión adecuada de la temporalidad como condición ontológica de la existencia humana y, simultáneamente, como herramienta metodológica.

## Bibliografía

Alexander, Jeffrey, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Ed. Gedisa, Buenos Aires, 1991.

Corcuera, Sonia, *Voces y silencios de la historia*, FCE, México, 1997.

De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México, 1985.

——, *Historia y psicoanálisis*, Universidad Iberoamericana, México, 2003.

Gadamer, Hans G., *Verdad y método*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1987.

Giddens, A., Turner, J., *et al. La teoría social, hoy*, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, México, 1991.

Koselleck, Reinhart, *Futuro Pasado*, ed. Paidós, Barcelona, 1993.

——, *Aceleración, prógnosis, secularización*, Pre-textos, Valencia, 2000.

——, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Ed. Paidós, Barcelona, 2001.

Mateos, Abdón, “Historia, memoria, tiempo presente”, en *Hispania Nova*, núm. 1, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1998-2000.

Noiriel, Gérard, *Sobre la crisis de la historia*, Ed. Frónesis-Cátedra, Madrid, 1997.

Novick, Peter, *Ese noble sueño*, Instituto José María Luis Mora, México, 1997.

Pappe, Silvia (coord.), *La modernidad en el debate de la historiografía alemana*, UAM-A, México, 2004.

Ricoeur, Paul, *Teoría de la interpretación*, Ed. Siglo XXI, México, 1995

——, *La memoria, la historia, el olvido*, Ed. Trotta, Barcelona, 2002.

Ratey, John, J., *El cerebro*, Ed. Mondadori, Barcelona, 2002.

Sacks, Oliver, *Un antropólogo en Marte*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2001.

Sarló, Beatriz, *Tiempo pasado*, Siglo XXI, México, 2007.

Schachter, Daniel, *En busca de la memoria. El cerebro, la mente y el pasado*, Eds. Grupo Zeta, Santiago de Chile, 1999.

Schmidt, Siegfried J., “Investigaciones sobre la memoria: posiciones, problemas, perspectivas”, en Pappe, W. Silvia (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, UAM-A, México, 2002.

Schutz, Alfred, *La fenomenología del mundo social*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972.

——, *Estudios sobre teoría social*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1974.

——, *El problema de la realidad social*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

Wallerstein, Immanuel, *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 1996.

---

Zermeño Padilla, Guillermo, *“El problema del pasado es el futuro: notas sobre teoría y metodología de la historia”*, <http://www.uam.azc.mx/publicaciones/tye/losproblemasdelpasado.htm>, México, 1996.

——, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, El Colegio de México, México, 2002.